



LOS RÍOS SUBTERRÁNEOS DE LA CRÓNICA

María Angulo Egea
Marcela Aguilar Guzmán

MAREA
EDITORIAL



MAREA
EDITORIAL

Desde mediados de los años noventa no han parado de surgir y de crecer a un lado y otro del Atlántico editoriales o colecciones, talleres y premios dedicados a la crónica o al periodismo narrativo: muchos y variados son los nombres con los que se denomina a esta prosa de no ficción que relata la realidad como si fuera un cuento, con el mismo interés por crear o recrear escenas, reproducir espacios y convertir las experiencias y testimonios de las fuentes en personajes. Esta escritura periodística es obra y gracia de cronistas que emplean su tiempo –poco o nada remunerado– en ir allí donde están las historias que no suelen aparecer en los titulares de los medios, con el esfuerzo e incluso el riesgo que supone cubrir ciertos territorios. Las cronistas transforman el testimonio en relato; hurgan en el lenguaje para encontrar las palabras que mejor reflejen lo que han percibido. Aúnan, así, el arrojo periodístico con la reflexión y el pensamiento, la interpretación y la voluntad literaria.

La Fundación Gabo (nacida como Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, FNPI, en 1994), lleva casi tres décadas cultivando la crónica como género literario y periodístico. La denominación “nuevos cronistas de Indias” se acuñó en los encuentros allí celebrados en 2008 y 2012 para referirse

a un grupo que, aunque contaba con mujeres, estaba compuesto en su mayoría por hombres. Elena Poniatowska, Alma Guillermoprieto y Mónica González aparecen en las imágenes de esos encuentros. No obstante, sus premios han ayudado al despegue internacional de las escritoras hoy consagradas Leila Guerriero y Josefina Licitra, cuyas crónicas “El rastro de los huesos” y “Pollita en fuga”, respectivamente, recibieron el galardón de la Fundación Gabo. Ambas aúnan esa doble faceta periodística y literaria y destilan una distancia crítica de los discursos oficiales: “El rastro de los huesos” reveló la historia del equipo de antropología forense que estuvo detrás de la identificación de cientos de cuerpos de personas asesinadas por motivos políticos y que por décadas figuraron como desaparecidas; “Pollita en fuga” mostró con inusitada crudeza la vida de una adolescente argentina marcada por el abandono y la precariedad, una chica a quien los medios mostraban simplemente como una criminal.

La fundación vinculó la crónica latinoamericana con otras tradiciones como la del periodismo literario anglosajón, también llamado literatura de no ficción, y por los talleres en Colombia pasaron grandes maestros del género en otras regiones, como Ryszard Kapuściński, quien dictó el taller que dio origen al libro *Los cinco sentidos del periodista*. En España comenzó a hablarse del *boom* de la crónica a raíz de la publicación en 2012 de dos antologías emblemáticas: *Antología de crónica latinoamericana actual*, que dirigió Darío Jaramillo Agudelo en Alfaguara; y *Mejor que ficción*, coordinada por Jorge Carrión en Anagrama.

A este despertar de la crónica de fines del siglo xx, que reinterpreta una tradición de siglos a ambos lados del Atlántico, se han sumado en el xxi las más recientes olas del feminismo –de tsunami lo califica Gabriela Jáuregui– para incorporarse a la mirada feminista y liberadora de estas escritoras. Son muchas

las que desde una posición feminista, explícita o no, trabajan y publican excelentes crónicas con perspectiva de género, decolonial y ecologista. Su periodismo, inmersivo, socava la grieta de la denuncia previa enunciada por grandes maestras como Elisa Lerner, María Moreno, Maruja Torres, Lydia Cacho, Pedro Lemebel, Marta Dillon, Rosa Montero, María Sonia Cristoff, Hebe Uhart, Lucrecia Masson, Gisela Kozak, Verónica Gerber, Nuria Varela, Adriana Carrasco, Magali Tercero y Claudia Acuña, entre tantas, reconocidas además con premios importantes.

La presente selección no intenta solo brindar a las jóvenes cronistas el espacio que merecen, sino también reunir y hacer dialogar crónicas publicadas en contextos muy diversos, pero que comparten la mirada de género. Son nuevas voces narrativas que cuentan, a través de la escucha y la reflexión, un tiempo presente. Y es ahí, como subraya Josefina Ludmer en “Literaturas postautónomas”, donde reside su potencial. Estas escrituras, dice, “no admiten lecturas literarias; esto quiere decir que no se sabe o no importa si son o no son literatura. Y tampoco se sabe o no importa si son realidad o ficción. Se instalan localmente y en una realidad para ‘fabricar presente’ y ese es precisamente su sentido”.

Ahora que el mercado se aprovecha de la diferencia de género para diversificar sus posibilidades de oferta, sigue siendo necesario destacar la escritura de mujeres; aún a riesgo de biologizarla y perpetuar un gueto literario. Este abordaje tiene, como señalan las investigadoras chilenas Andrea Kottow y Ana Traverso, un potencial estratégico: “Frente a la efectiva invisibilización de muchas autoras en la historia de la literatura y en sus procesos de canonización, podría pensarse la noción de ‘escritura de mujeres’ como estrategia visibilizadora. Es mantener una categoría por su potencial político, si con ello entendemos la conciencia y la posibilidad de cuestionar relaciones de poder

imperantes. Existe una escritura de mujeres, entonces, porque no existe una escritura de hombres, pues esta ha asumido un carácter universal que consecuentemente ha marginado en importante medida a las mujeres de la historia”. Aixa de la Cruz coincide en *Cambiar de idea* con este afán de evidenciar la falsa neutralidad de la voz masculina, a pesar de que, como afirma Hélène Cixous, es “imposible, actualmente, *definir* una práctica femenina de la escritura; se trata de una imposibilidad que perdurará, pues esa práctica nunca se podrá *teorizar*, encerrar, codificar, lo que no significa que no exista”.

Sin establecer *a priori* una posible forma que aúne todas estas escrituras de mujeres, asumimos que, en un contexto histórico, social y político de discriminación y represión, ellas comparten rasgos y evidencian la tensión que producen estas asimetrías de poder. Con *Criaturas fenomenales* buscamos plantear nuevas constelaciones y nuevas lecturas que transiten por obras centrales y periféricas, generadas a partir de temas, tópicos y problemas que se reiteran en diversos textos y que articulan la organización de este libro. Desde esta selección de autoras queremos discutir un canon en el que suele hacerse hueco para una o dos *excepciones* en sus filas, mientras que muchas otras quedan relegadas al olvido.

Con esta convicción y afán investigador, estas dos académicas, periodistas y especialistas en crónica –una desde Chile y la otra desde España, pero ambas con un abordaje y bagaje plural e hispanoamericano del periodismo narrativo–, hemos recopilado y dado forma durante años al cuerpo de textos y escritoras que integran esta antología. Como resultado de la búsqueda, emergió una cartografía tan valiosa como extensa. La primera selección incluyó a casi un centenar de autoras de España, Argentina, Bolivia, México, Colombia, Chile, Ecuador, Perú, Uruguay, Paraguay, Venezuela, Guatemala, El Salvador, Honduras, Puerto Rico, República Dominicana,

Panamá, Nicaragua, Cuba y Costa Rica. No incluimos a cronistas de Brasil por la diferencia idiomática, y por la misma razón dejamos fuera a islas de Centroamérica en las que no se habla castellano. Rescatamos en el segmento “Apuntes cartográficos de cronistas hispanoamericanas actuales” a las escritoras encontradas en esta búsqueda, para visibilizar su valioso trabajo y para quien quiera seguir leyendo.

Las autoras recogidas en este libro son mujeres cronistas hispanoamericanas nacidas a partir de 1980. La antología parte de dos tradiciones, la norteamericana de Robert S. Boynton (quien acuñó el concepto de nuevo nuevo periodismo, haciendo una cita a su vez al nuevo periodismo de Tom Wolfe) y la iberoamericana de la Fundación Gabo y los nuevos cronistas de Indias. Estas profesionales ya han aprendido que se puede tener una mirada personal y unos temas propios gracias al trabajo, visibilidad y liderazgo de cronistas como Patricia Nieto, Cristina Fallarás, Leila Guerriero, María Eugenia Ludueña, Sonia Budassi, Patricia Almarcegui, Lydiette Carrión, Selva Almada, Carolina Reymúndez, María Fernanda Ampuero, Rita Indiana, Josefina Licitra, Marcela Turati, Gabriela Wiener, Daniela Pastrana, Catalina Gayà y Lina Meruane, entre las más conocidas. Estas fueron las primeras cronistas contemporáneas; las que en los últimos cincuenta años ganaron premios y ocuparon puestos relevantes como editoras y talleristas. Cronistas premiadas y recogidas en otras antologías, estudiadas algunas de ellas en el ámbito académico. La presente antología quiere mostrar a la siguiente generación, la de quienes han publicado sus crónicas en pleno siglo XXI. Se trata de piezas premiadas y publicadas en revistas y suplementos de prestigio dentro del periodismo narrativo, como *Anfibia*, *Prodavinci*, *El Estornudo*, *Relatto*, *Malquerida*, *Carátula*, *Plaza Pública*, *The Clinic*, *Lento*, *Altair Magazine*, *Jot Down*, *5W*, *Revista Rascacielos* o *El Malpensante*, entre otras.

El resultado es este volumen, que reúne ejemplos de un ejercicio periodístico literario que apuesta por mirar y contar realidades que no siempre alcanzaban la categoría de interés para aparecer en los medios informativos. Pero no son solo los temas, también son las voces: esta amplia nómina de cronistas refleja la labor de mujeres que ejercen hoy un buen periodismo narrativo y un trabajo crítico que desmonta lugares comunes para construir significados e imaginarios sociales alternativos. Se trata de crear o de lograr un espacio de enunciación como un gesto político y estético que remeza su contexto social. Estas cronistas, con sus relatos, impulsan nuevas formas de subjetividad capaces de intervenir en los discursos hegemónicos.

La antología se divide en cuatro capítulos que se corresponden con cuatro categorías de análisis: tránsitos, cuerpos, violencias y huellas. Las cuatro se encuentran representadas en mayor o menor grado en los diversos textos, aunque siempre hay alguna de ellas que destaca por encima del resto. La presencia reiterada de estos conceptos revela mucho de las ideas, temas, preocupaciones y obsesiones a las que se dirige la mirada de las cronistas del siglo XXI.

Tránsitos recoge en esencia el signo de nuestro tiempo; del nomadismo, la migración y el cambio de ideología, de género, de formas de concebir el mundo. Habitar el tránsito y, así, en tránsito, caminar y vivir con un deseo permanente de transformación. Entre el aquí y el allí, justo en el intersticio, es donde se sitúan estas crónicas. Hablamos de *cuerpos* porque la experiencia *empalabrada* de estas crónicas atraviesa físicamente tanto a las autoras como a las protagonistas. Cuerpos que batallan y generan una escritura vociferante que construye y devela intimidad. Cuerpos embarazados, en movimiento, rotos, danzantes, en lucha, silenciados. *Violencias* porque son muchas las desigualdades, desprecios, violaciones y escarnios que retratan, incluso en primera persona, como hace Luisa

Salomón en “Mi secuestro”. Violencias explícitas e implícitas que construyen relatos de vida. *Huellas* porque estos textos encarnan una mirada arqueológica. Recuperan la memoria de las que fueron y la voz de quienes se han entregado a conservar su legado, sus tradiciones y la tierra que trabajaron.

Al final del libro hemos querido incorporar a modo de epílogo un breve apunte cartográfico que recoja mínimamente a aquellas cronistas investigadas y valoradas durante estos años de trabajo. Mencionamos al menos una crónica de cada una de ellas. Ninguna antología es definitiva y esta tampoco pretende serlo, pero sí aspiramos a que sea una ventana a la diversidad de miradas, voces, personas, culturas y fenómenos que se manifiestan en nuestros territorios; una diversidad que, al mismo tiempo, está conectada por los ríos subterráneos que aquí vislumbramos.



MAREA
EDITORIAL



MAREA
EDITORIAL



MAREA
EDITORIAL



MAREA
EDITORIAL



LAS VIDAS DE LA CAIMANA

Amalia del Cid

MAREA
EDITORIAL

AMALIA DEL CID (Managua, 1987) tiene catorce años de experiencia como periodista, en los que se ha desempeñado, sobre todo, en el área del periodismo de profundidad, la entrevista, el reportaje y la crónica. Trabajó dos años en el periódico *Hoy* y once en el diario *La Prensa*, el más antiguo de Nicaragua, donde fue reportera y editora de las revistas *Magazine* y *Domingo*. También ha colaborado con el medio argentino *Infobae*. Ha publicado dos cuentos para niños y un libro biográfico sobre el sacerdote italiano Rafael María Fabretto: *Fabretto, la huella de un santo* (GEP, Grupo Editorial La Prensa, 2019). En 2014 ganó el premio único en la categoría de prensa escrita en la sexta edición del Premio Nacional María José Bravo In Memoriam. Actualmente trabaja como editora y periodista *freelance* y se dedica, también, a trabajos de ilustración.



MAREA
EDITORIAL

Era diciembre cuando Carmen e Hilda se casaron con juez y abogado y sin pedirle permiso a nadie. Era jueves. Era la década de los sesenta y en Nicaragua gobernaba un tal Luis Somoza Debayle. Hilda usó un vestido de talle estrecho y falda ancha, típico de la época; Carmen se puso pantalón, camisa y saco, y a la hora de la foto se llevó un cigarro a los labios. Su nombre de pila era Petronila del Carmen Aguirre Ocampo, pero todos la conocían como la Caimana y ella quiso casarse como Pedro.

No había en la vieja Managua quien no supiera de la mujer que vivía con hombre, casada con otra mujer. La Caimana, la misma a la que vieron surgir de los escombros, ahumada de pies a cabeza, una de las tantas veces que el fuego consumió su fábrica de productos pirotécnicos, ahí en el Gancho de Caminos, cuando el mercado Oriental era un puñado de tramos cercados por el monte.

Creía en el horóscopo tanto como en los salmos y, valiéndose de conocimientos adquiridos en libros de herbolaria, curaba a los niños que le llevaban del campo. Era buena con los puños y con los negocios y bailaba casi tan bien como bebía, por eso en su extraordinario funeral no paró de sonar la música ni escaseó el guaro. Tampoco faltó la pólvora, y su viuda hizo quemar

veintiún “cuetones” y veintiún morteros en cada esquina de las veintiséis cuadras que separaban la casa del cementerio.

Esa tarde de agosto la multitud avanzó bailando, entre el humo de la pólvora y la bulla de los chicheros, en un acontecimiento que los periodistas calificaron de “insólito”. Petronila del Carmen, Pedro, la Caimana, tuvo los funerales que había soñado.

“Ella dijo: ‘Yo no quiero que me lloren cuando me muera. Quiero que me traigan la marimba’. Y ahí hubo marimba. Ella dijo: ‘Quiero que me traigan mariachi’. Y llegaron los mariachis. Ella dijo: ‘Quiero que traigan chicheros’. Y ahí estuvieron los chicheros. Ella dijo: ‘Quiero que todo el mundo esté bolo’. ¡Y todo el mundo estaba bolo ahí!”, relata José Dolores, hoy de cincuenta y nueve años, uno de los seis niños que Carmen Aguirre adoptó legalmente.

Para él, la Caimana es simplemente Mama Carmen, la mujer que le dio su apellido y lo mandó a la escuela. “La recuerdo como mi mamá, la mejor mamá de todas”, dice. Era dura y era dulce, seria y bromista, temida y amada, parrandera y noble. Era Carmen y era Carmelo. Era, según su hijo, “león y terciopelo”.

La historia de Petronila del Carmen comienza en El Infierno, Managua, el barrio donde nació allá en 1931. Su padre fue José Dolores Aguirre, quien en su juventud trabajó como cochero y más tarde fundó en la carretera Norte su conocida cantina Tata Lolo. A él le debía el mote de Caimana. “La gente decía que era muy tapudo y le pusieron Lolo Caimán; cuando creció su hija Carmen, le comenzaron a decir la Caimana, por ser semejante en la boca a su padre”, escribió en 2006 el periodista Roberto Sánchez Ramírez en su artículo “La Caimana, un popular personaje de Campo Bruce”.

Su madre se llamaba Sebastiana Ocampo y era una mujer

adusta con quien Carmen no tuvo una buena relación. Las cosas empezaron a ir mal cuando la señora percibió las inclinaciones sexuales de su hija y decidió casarla a la fuerza, a los trece años, ha relatado Hilda Scott, viuda y heredera de la Caimana, en varias entrevistas.

La más rebelde de las hijas de Lolo Caimán huyó de casa y su madre continuó persiguiéndola. Acusada bajo sabe Dios qué cargos, la señora “logró meterla presa en una cárcel de León”, asegura Hilda. Pero ahí Carmen recibió el cargo de cabo de celda y no podía estar más “en su charco”, rodeada de presidiarias. Lo cuenta entre risas su viuda, posiblemente la persona que mejor la conoció.

Cuando meses más tarde salió de la cárcel, un conocido le prestó tres córdobas. Con ese pequeño capital empezó a hacer cohetes de pólvora, un arte que había aprendido de su abuelo. Como dijimos, Carmen era buena para los negocios, y antes de cumplir los veinte años ya había montado su propio taller, La Caimana, que llegaría a ser conocido en toda Nicaragua y que aún hoy es una referencia en la capital.

Seis veces sufrió incendios catastróficos y seis veces se levantó de las cenizas. Acababa de quemársele la fábrica y estaba en la ruina cuando encontró a Hilda Scott, seis años menor, de familia con estudios y descendiente de Chale Scott, el inglés que perforó el primer pozo artesiano que hubo en Diriamba, en el Pacífico nicaragüense.

Se conocieron la mañana del viernes 2 de septiembre de 1960. Hilda Scott ya es una señora octogenaria y, por más que hurgue en su memoria, algunos recuerdos se le escapan, pero no ese. Sabe exactamente qué día se vieron por primera vez, porque hace muchos años Carmen le regaló un anillo con esa fecha y las iniciales de ambas grabadas.

Para 1960 Hilda era una muchacha de veintidós años, diminuta y grácil, de cintura breve y caderas anchas, con una hija pequeña que debía mantener. Laboraba como enfermera en el Hospital Bautista y todos los días iba al trabajo en bicicleta para luego volver a casa. Pero ese viernes sucedió algo distinto: en el camino se encontró con Luisa. “Una ‘amiga’ de Carmen que había sido ‘amiga’ mía”, explica, haciendo énfasis en las comillas.

Para detenerla, Luisa se colocó enfrente y, para que no se fuera, le arrebató su cadenita de oro. “En esas estábamos cuando apareció ella, Carmen, llamándola: ‘Luiiiiisa, Luiiiiisa’... ‘Andá –le dije–, sé obediente’. Y la Luisa me respondió: ‘No quiero hacerle caso, me cae mal esa mujer’”, relata Hilda, risueña y franca, sentada al borde de una de las calles más transitadas del Oriental, en la mueblería que hoy lleva el nombre de la antigua fábrica de pirotecnia: La Caimana.

–Ella es Hilda. Ella es Carmen –las presentó Luisa, quizás para romper la tensión. –Dale la cadena –dijo la Caimana.

“Cuando la conocí se vestía de falda hasta debajo de la rodilla –continúa Hilda, con la mirada vuelta hacia el pasado–. Yo le puse el pantalón”. Ha contado su historia en innumerables ocasiones, cada vez que alguien llega a la mueblería en busca de información sobre los orígenes de Carmen Aguirre, a quien los viejos periodistas consideran “la primera nica” en declarar públicamente su lesbianismo. Sin embargo, Carmen fue más que eso. No solo aceptó quién era, hizo alarde de ello y se convirtió a sí misma en el estereotipo del macho alfa. Un escándalo. Pantalón y camisa de hombre, bigotito entre Pedro Infante y Cantinflas, pistolón al cinto y fama de mujeriega.

“Un par de veces la encontré en la calle cuando yo circulaba manejando y ella iba en bicicleta llevando a una jovencita en el tubo, como acostumbraban los varones a llevar a sus novias, esposas o compañeras”, cuenta el historiador y periodista

Nicolás López Maltez. “Siempre se vestía como hombre y procuraba engrosar su voz para sonar como macho”.

Él la entrevistó en 1970, un año antes de su repentina muerte.

“La entrevisté en vivo en mi noticiero *Teleprensa* de Canal 2, con motivo de la invasión de cohetes y otros productos de pirotecnia procedentes de El Salvador, que afectaban los intereses comerciales de los productores de pirotecnia en Nicaragua. Y esa fue la primera vez que los televidentes apreciaron la imagen de Carmen Aguirre, la Caimana. Llegó a la entrevista en vivo totalmente vestida como hombre”, recuerda.

Dada la naturaleza del personaje, extendieron su participación en el programa a fin de acumular audiencia. Como propietaria de la fábrica de pirotecnia más popular de Managua, Carmen reclamó al Gobierno de Anastasio Somoza Debayle protección para la industria nicaragüense; pero en los últimos minutos de la plática López Maltez se apartó del tema para entrar a un terreno más personal.

Entonces la Caimana habló del origen de su apodo y explicó que se lo debía a su padre, José Dolores Aguirre, fundador y dueño de la famosa cantina Tata Lolo.

Para concluir la entrevista, el periodista le preguntó:

—¿Cuál es su opinión de la mujer nicaragüense?

Sin preámbulos y sin pudor, la Caimana exclamó en televisión nacional:

—¡Es lo más lindo que hay, no hay cosa más deliciosa!

Hilda conoce mejor que nadie la afición que Carmen sentía por las faldas. Después de aquel viernes 2 de septiembre, la Caimana quedó cortejándola, llamándola por teléfono al trabajo y acompañándola de regreso a casa, hasta que logró sacarla del hospital y llevársela a vivir con ella. Sin embargo, no abandonó el hábito de las conquistas. Dejaba corazones rotos aquí y allá e incluso le presentaba sus amigos a Hilda, quien acabó acostumbrándose a tolerarlo todo.

Esta edición argentina de *Criaturas fenomenales* terminó de imprimirse en agosto de 2023. Ochenta y cinco años antes, en 1938, comenzaba lo que algunos historiadores han llamado “la edad de oro” de la edición argentina. Un aluvión de nuevos sellos y publicaciones creados por españoles que huían de la Guerra Civil se sumaron a un ya floreciente paisaje literario local. *Saber Vivir* fue una de las muchas revistas fundadas por exiliados en Buenos Aires y en sus páginas inaugurales la escritora chilena María Luisa Bombal publicó su primera crónica. Así comenzaba aquel canto fenomenal: “Sé muchas cosas que nadie sabe. Conozco el mar y de la tierra infinidad de secretos pequeños y mágicos”.



MAREA
EDITORIAL

Índice

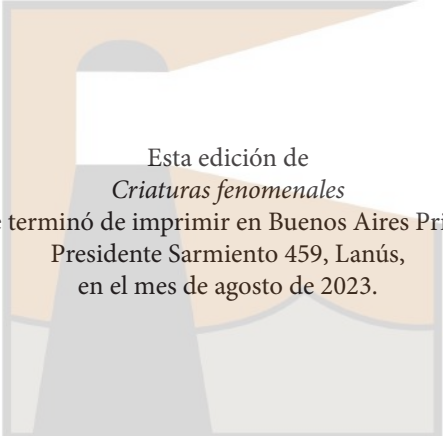
| | |
|---|-----|
| Prólogo. <i>Las indias de la crónica</i> , Gabriela Wiener | 7 |
| Los ríos subterráneos de la crónica..... | 11 |
| TRÁNSITOS | 21 |
| <i>Las vidas de la Caimana</i> , Amalia del Cid..... | 23 |
| <i>El disfraz del Che</i> , June Fernández..... | 39 |
| <i>La vejez desde la ventana</i> , Daniela Rea | 55 |
| <i>Cómo dejar de ser invisible a plena vista</i> , Marcela Ribadeneira..... | 73 |
| <i>El reguetón al frente de la revolución</i> , Ana Teresa Toro | 93 |
| CUERPOS | 103 |
| <i>La jaula abierta</i> , Ángeles Alemandi..... | 105 |
| <i>Rapto de locura</i> , Margarita García Robayo..... | 121 |
| <i>Cómo vi morir de sida a mi padre y a mi hermano</i> , Dunia Orellana..... | 137 |
| <i>Cama adentro</i> , Natalia Sánchez Loayza..... | 145 |
| <i>El imperio del falso lacio</i> , Irlanda Sotillo..... | 157 |

| | |
|---|-----|
| VIOLENCIAS | 169 |
| <i>Agáchate, puja y tose</i> , Mónica Baró Sánchez..... | 171 |
| <i>La herida de un pueblo en la frontera</i> , María Fernanda Cruz Chaves y Hulda Miranda Picado.. | 181 |
| <i>Que la única manada seamos nosotras</i> , Carolina Méndez.. | 199 |
| <i>Atravesé el puente en el que mataron a mi padre</i> , Elena Salamanca..... | 213 |
| <i>Mi secuestro</i> , Luisa Salomón..... | 221 |
| | |
| HUELLAS | 241 |
| <i>Las chicas de Nordelta</i> , Ana Fornaro..... | 243 |
| <i>Totonicapán, un bosque</i> , Andrea Ixchíu | 261 |
| <i>Las ishir que tejen naturaleza</i> , Irma Oviedo Paredes..... | 277 |
| <i>Dioses dominicanos</i> , Indhira Suero..... | 293 |
| <i>La cazadora de Facebook</i> , Arelis Uribe | 305 |
| | |
| Apuntes cartográficos de nuevas nuevas cronistas hispanoamericanas..... | 317 |

MAREA
EDITORIAL



MAREA
EDITORIAL



Esta edición de
Criaturas fenomenales
se terminó de imprimir en Buenos Aires Print,
Presidente Sarmiento 459, Lanús,
en el mes de agosto de 2023.

MAREA
EDITORIAL